

Jugar las cartas. Notas sobre el epistolario entre Sigmund Freud y Lou Andreas Salomé (1911-1937)

Playing with Letters. Notes on the epistolary between Sigmund Freud and Lou Andreas Salomé (1911-1937)

Antonella Sorrentino¹ 

Universidad Católica de Salta, Salta, Argentina
asorrentino@ucasal.edu.ar

Recibido: 21/1/2025.

Aceptado: 4/3/2025.

RESUMEN

Este artículo examina la función de la carta en la escritura y el psicoanálisis desde la perspectiva de Jacques Lacan y la correspondencia epistolar de Sigmund Freud con Lou Andreas-Salomé. Se presenta la noción lacaniana de la *lettre* como un elemento sin significado fijo que estructura el discurso y distingue entre destinatario y destino en la comunicación epistolar. Se analiza la correspondencia de Freud, que revela no solo su pensamiento sino también relaciones intelectuales y afectivas, destacando la relación con Lou como un monólogo dirigido a sí mismo que refleja la ambigüedad del lenguaje. Además, se contextualiza la figura de Lou Andreas-Salomé, su formación intelectual y su influencia en el psicoanálisis, al subrayar cómo forma parte del proceso de escritura de Freud. La investigación se basa en análisis teóricos y fuentes epistolares, y concluye que la carta es un acto complejo de lectura y escritura.

Palabras clave: cartas, psicoanálisis, escritura

ABSTRACT

This article examines the role of the letter in writing and psychoanalysis from the perspective of Jacques Lacan and Sigmund Freud's correspondence with Lou Andreas-Salomé. It presents Lacan's notion of the *lettre* as an element without fixed meaning that structures discourse and distinguishes between addressee and destination in epistolary communication. Freud's correspondence is analysed, revealing not only his thought but also his intellectual and affective relationships, highlighting his relationship with Lou as a monologue addressed to himself that reflects the ambiguity of language. Furthermore, the article contextualises the figure of Lou Andreas-Salomé, her intellectual formation and her influence on psychoanalysis, emphasizing how she is part of Freud's writing process. The research is based on theoretical analysis and epistolary sources and concludes that the letter is a complex act of reading and writing.

Keywords: letters, psychoanalysis, writing

¹ Practicante del psicoanálisis. Profesora y Licenciada en Psicología, Especialista en Drogodependencias (UNT), Especialista en Psicología Clínica, Magíster en Clínica Psicoanalítica (UNSAM). Docente adjunta a cargo de Psicolingüística y Seminario I: Lenguaje y psicoanálisis. Ayudante docente de Historia de la psicología en la Carrera de Psicología UCASAL.

En la clase del 20 de diciembre de 1961 del Seminario 9 sobre *La identificación*, Lacan habla sobre la función de la *lettre*² como determinante en "la estructura psíquica del sujeto". Allí, toma el carácter idiótico del nombre propio para situar a la letra como aquello que no tiene significación y que le otorga un carácter distintivo. Esto nos da una idea de por qué en el cuento de Poe "La carta robada" (2014) nunca se llega a conocer el contenido de la carta, su sentido. La carta adquiere un valor de acuerdo a quien la porta; en ese juego de intercambios cumple una función: llegar a destino.

Que la correspondencia sea llamada de esa manera resulta paradójico, ya que la función de la escritura epistolar no es solamente la de la comunicación sino también la potenciación de la ambigüedad del lenguaje. Suponer que una carta es un medio de comunicación implicaría caer en la trampa de creer en la correspondencia entre significado y significante. Esta es una correlación que Lacan cuestiona cuando propone sus modificaciones al signo lingüístico de Saussure³.

La práctica epistolar no es un diálogo entre dos personas, sino entre lugares del discurso. Ricardo Piglia (2014) señala en uno de sus ensayos, titulado "Un relato sobre Kafka", que las cartas que el escritor checo le dedicó a Felice Bauer entre 1912 y 1918 no fueron dirigidas a ella sino a una lectora que él se inventó. No se trata, entonces, de Felice Bauer sino de ese lugar que Kafka construyó como destino de su escritura. Esto quiere decir que destino y destinatario son dos lugares diferentes. En este sentido, podría entenderse al destinatario como un otro imaginario (el pequeño otro), mientras que el destino correspondería al gran Otro. Es así como se quiebra la idea de comunicación.

Nora Esperanza Bouvet explica en su texto *La escritura epistolar* (2006) que este es un género del discurso que puede definirse desde la ambigüedad; primero, porque implica la presencia en ausencia de alguien que no está y a quien se dirige una carta; y segundo, porque es un texto íntimo que puede volverse público. Por último, porque toda carta es una conversación oral que se produce por escrito.

¿A cuál conversación se refieren las cartas? A una conversación entre el autor y el lector. Las cartas son el resultado de esa conversación –ya lo he dicho– y de su registro inminente. Bouvet (2006) lo explica en estos términos: "sólo las cartas narran la historia por sí mismas" (p. 209). Antonio Oviedo (2013) define las cartas de Kafka como esos textos que fueron escritos al margen de su obra pero que forman parte de ella. Esas anotaciones serían la *marginalia* que el lector apunta en un libro y que, en un momento dado, comienzan a formar parte de la obra porque son la puesta en acto de su lectura.

La escritura al margen es incomprensible si se la considera separada del texto principal, si se la considera, para decirlo con un juego de palabras bastante común, al margen del pretendido texto principal. La correspondencia de Kafka, sostiene Elías Canetti en un estudio dedicado a las cartas enviadas a Felice Bauer, se halla al servicio de la creación literaria y esta aseveración toma como ejemplo que "El veredicto" haya sido escrito en medio de la euforia epistolar que estalla durante los primeros meses de la relación con Felice. (Oviedo, 2013, p. 273)

² Recordemos que la palabra letra y carta (*lettre*) son homofónicas en francés.

³ Lacan invierte el orden entre significado y significante, dando primacía al significante. Además, engrosa la barra de significación y quita tanto la elipse que envuelve al signo como las líneas de correspondencia.

Bouvet (2006) explica que, si bien las cartas fueron tomando protagonismo desde las obras de Shakespeare, en las que adquieren el estatuto de personajes, comienzan a circular como moneda corriente en la vida cotidiana de la modernidad a partir del siglo XVII, ya que "el desarrollo de la lectura de cartas entre fines del siglo XVI y comienzos del XVII parece explicarse por el cambio de la relación que mantiene el lector con el texto" (Bouvet, p. 186). La carta (que aún se debate si se trata o no de un género), que, según Lacan, se presenta como el cuarto personaje del cuento "La carta robada" de Poe, es el elemento que rompe con el relato lineal, cambiando el lugar del lector y transformándolo en un lector participante, un colaborador activo en la construcción del relato.

Recordemos que el texto con el que Lacan decidió abrir el primer volumen de los *Escritos* (2005) es el "Seminario sobre la carta robada" de 1956, desafiando el principio de la cronología en que se produjeron. Armando Suárez explica que la organización y el orden de los textos de sus escritos obedecen a una intención didáctica precisa del autor. Intención que Lacan aclara en la *Obertura a los Escritos* en estos términos: "(...) quisiéramos llevar al lector a una consecuencia en la que sea preciso poner de su parte" (Lacan, p. 4). Intención que, además, revela la relación entre la lectura y lo epistolar. Probablemente a ello responda el título con el que Masotta reúne las seis clases sobre "La carta robada": *Introducción a la lectura de Jacques Lacan* (2009).

Iniciarse en el estudio del pensamiento de Lacan, para Masotta, consiste en una operación de lectura. El destino de la carta a la que se refiere Lacan en la obertura también se relaciona con una lectura: "Toca al lector dar a la carta en cuestión, más allá de aquellos a los que fue dirigida un día, aquello mismo que encontrará allí como palabra final: su destinación" (Lacan, p.3).

Las cartas de Sigmund Freud

Freud escribió numerosas cartas a distintos interlocutores. Se calcula que redactó más de 20.000 cartas a lo largo de su vida. Esta ingente correspondencia da cuenta no solo de sus proyectos, anhelos y debates sino también del desarrollo de su pensamiento. Según aquello que cuenta Peter Gay en su biografía sobre Sigmund Freud, Harold Blum –quien fue presidente de los archivos Sigmund Freud– dijo sobre las cartas a Martha Bernays que esa correspondencia "era la mayor colección de cartas de amor de la historia de la cultura occidental" (Gay, 1995, p. 878). Son clave en este inmenso corpus epistolar las "Cartas a sus hijos", la "Correspondencia Freud/Jung", las "Cartas a Wilhem Fliess", las epístolas que dirigió a Martha Bernays bajo el nombre "Cartas de amor" y la correspondencia que mantuvo durante más de veinte años con Lou Andreas-Salomé.

Lou Andreas-Salomé

Lou fue una mujer multifacética que formó parte del movimiento psicoanalítico y participó de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, es decir, en las célebres "Reuniones de los miércoles". Conoció a Freud en el tercer Congreso Internacional de Psicoanálisis, celebrado en Weimar en septiembre de 1911. A partir de ese primer encuentro, entablaron una relación de amistad que se consolidó hasta la muerte de Salomé en 1937. Como señala Gay (1995), en su biografía sobre Freud:

En una oportunidad, Freud calificó afectuosamente a Lou Andreas Salomé como una "musa" pero "Frau Lou" (como a ella le gustaba que la llamaran) era mucho más que la mujer dócil que brinda apoyo al genio; se trataba de una fecunda mujer de letras por derecho propio, dotada de una inteligencia impresionante, aunque excéntrica, y de una

no menos impresionante capacidad para asimilar ideas nuevas. Una vez atraída por el pensamiento de Freud, leyó por su propia cuenta sus escritos; Abraham, que la conoció en Berlín en la primavera de 1912, le comentó a Freud que nunca antes se había “encontrado con una comprensión tan amplia del psicoanálisis”. (p. 227)

La lectura de la correspondencia que compartió con Lou es inagotable, puesto que, como se planteó anteriormente, el llamado género epistolar rompe con la lectura lineal y es el lector de estas cartas quien puede construir el relato (en este caso, el relato de la historia del psicoanálisis). Son múltiples las lecturas posibles de estas cartas entre Freud y Lou Andreas-Salomé porque, como ya hemos sugerido, el género epistolar poco tiene que ver con la comunicación ya que “es un pretexto literario para encubrir formalmente un monólogo” (Saer, 2014, p. 233).

Las cartas, como dice Miller, siempre están dirigidas a uno mismo. La correspondencia Freud-Andreas-Salomé no escapa a este principio. Respecto de su relación, Dessal y Koop la caracterizan como de mutua inflexibilidad, en la que cada uno “habla de lo suyo”. Nora Bouvet lo expresa en estos términos:

No obstante, a pesar de las apariencias, la correspondencia solo “simula” dirigirse al destinatario; juega con su presencia, pero en realidad no hace sino retornar el mensaje a quien ha sido su destinador. Aunque se dirija a otro, la carta se envía primero para sí mismo. En este sentido, “el retorno al remitente” no es un accidente postal, sino una verdadera economía del comercio epistolar... (2006, p. 83)

Miller, en *Signos del goce* (2006), plantea que las epístolas enseñan cómo funciona el lenguaje, introduciendo el equívoco en el engaño de la comunicación. El significante vuelve siempre al punto de partida: ¿por qué Freud escribe tantas cartas a Andreas-Salomé si, al fin y al cabo, siempre son cartas a sí mismo? A partir de esta noción aceptamos que las cartas no constituyen una conversación, sino un monólogo, y nos enfrentan a la lengua, a una no-correspondencia entre la palabra y su referente. Quizás por eso es que Alejandra Pizarnik, en una de sus cartas dirigidas a León Ostrov, escribió lo siguiente: “Mis palabras suenan extrañas y vienen de lejos, de donde no es, de los encuentros con nadie”.

“¡Mi querida indestructible amiga!”

Cuando se trata de Lou Andreas-Salomé, siempre se corre el riesgo de no decir lo suficiente.
Dessal, G.; Koop, G.

En esos términos Sigmund Freud se refería a la bella Lou Andreas-Salomé en una carta fechada el 11 de mayo de 1927. ¿Quién es esta enigmática mujer a quien Freud nunca termina de conocer? Luíza Gustávovna Salomé nace en San Petersburgo el 12 de febrero de 1861, cinco años antes que su “querido profesor Freud”. Si bien hacía gala de haber nacido en una familia aristocrática, su padre había recibido su título nobiliario como una mera formalidad administrativa: “...esto es todo lo referente a los orígenes aristocráticos con que le engalana Lou. No es una snob: sueña, su imaginación siempre galopará” (Giroud, 2004, p. 15). Fue la última de seis hermanos. Cuando Lyolya, como la llamaban en su hogar, nació, su padre tenía más de 50 años. El nacimiento de Lou coincide con un hecho histórico de suma importancia: la abolición de la servidumbre decretada por el Zar Alejandro II. Ese contexto de libertad marcará la vida de Lou, a quien Francoise Giroud llama en su biografía “una mujer libre”.

Su padre murió cuando ella tenía 17 años, coincidiendo este hecho con dudas sobre la religión parental. Comienza a estudiar en secreto con el pastor protestante no ortodoxo Hendrik Gillot, “un pensador riguroso y un orador apasionado” (Appignanesi y Forrester, 1996, p. 270),

quien introdujo a Lou no solo en la formación de la historia filosófica y de la religión comparada, sino también en los misterios del lenguaje, interés que se mantuvo a lo largo de toda su vida.

Estos hombres a quienes hablaba, o a quienes prestaba oídos, tienen una particular relación con la palabra. Su marido: un filólogo extraño de talento lingüístico asombroso. Paul Reé: filósofo. P. Bjerre: psicoanalista. Nietzsche: primero filólogo, luego filósofo. R Rilke: el gran poeta, al decir de Freud. V. Tausk: abogado, médico, psicoanalista. H. Guillot: predicador y teólogo. Pineles: un médico notable. S. Freud: el fundador del psicoanálisis. (Musachi, 1991, p. 68)

A esta lista podría añadirse el dramaturgo alemán B. F. Wedekind, quien luego, en venganza por un desaire de la encantadora dama, llama homofónicamente Lulú a la bailarina de su obra de teatro trágica *La caja de pandora*. Lou comienza una relación platónica con Gillot hasta que se entera de que pensaba proponerle matrimonio. En ese momento, ella decide terminar con el vínculo que mantenía con su profesor:

La súbita revelación de que Gillot, en quien ella había confiado como un guía en los severos caminos apartados del espíritu y el intelecto, podía ser un simple hombre con las necesidades de un hombre, constituyó un devastador paralelo de su desilusión de Dios. (Appignanesi y Forrester, 1996, pp. 270-271)

Lou tiene que viajar a Zúrich. Para conseguir su pasaporte debe estar bautizada, por lo que recurre a Gillot, quien acepta confirmarla en la iglesia de un amigo en Holanda. En la ceremonia, el pastor proclama a modo performativo el texto bíblico de Isaías 43: "No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mía eres tú...", y, al no poder pronunciar su nombre en ruso, la llama Lou, nombre propio que adopta para que la acompañe el resto de su vida:

...lo que está en juego en la incidencia del nombre propio, no es solamente el carácter de identificación de la marca que habría debido poner de manifiesto en su construcción, sino también el carácter distintivo (...) es en tanto que vehicula cierta diferencia sonora que es tomado como nombre propio. (Lacan, 1961, pp. 14-16)

Entra en escena la vieja Malwida, salonièr feminista e idealista revolucionaria que mantiene un lazo estrecho de amistad con Friedrich Nietzsche y, por medio de este, con el poco apuesto Paul Reé. Lou Salomé frecuenta su casa en Roma gracias a la carta de presentación de uno de sus profesores. Allí cautiva con su belleza a Reé y contradice los mandatos de Mawilda, quien considera descarado que la acompañe de noche hasta el hotel donde se encontraba la señora Von Salomé. Estos paseos se repiten, y Lou con Reé llevan a cabo una de las actividades favoritas de ella: conversar. Lou propone fundar una comunidad intelectual de tres integrantes. Reé propone que sea Nietzsche el tercer participante de este trío. Ambos se enamoran de Lou. Ella rechaza las propuestas de Nietzsche, quien, en un estado de tristeza y desesperación, escribe en tan solo diez días la primera parte de su obra *Así hablaba Zaratustra*. Una vez más, las intenciones de Lou eran las de conversar: "A sus 19 años y a pesar de haber superado, al menos intelectualmente, todos los prejuicios burgueses y los viejos tabúes contra la sexualidad, su amistad por ellos no se tradujo en otra cosa que en una apasionada conversación" (Suárez, 1968, prólogo a la correspondencia Freud -Andreas-Salomé, p. XI), haciendo, como afirma Musachi, circular la palabra entre los grandes hombres y ella (Musachi, 1991, p. 68). Lou titula en sus memorias este período de su vida *Una experiencia de amistad*. Esta historia le costó a Lou la animadversión de Elizabeth, la hermana de Friedrich, quien la difamará cada vez que sea posible.

Para sorpresa de todos, Lou se compromete en 1886 con el profesor Friedrich Carl Andreas, hijo de una alemana y de un príncipe armenio que cambió su apellido: "Hombre de incomparable

talento lingüístico, mezcla de rasgos occidentales y orientales" (Suárez, 1968, p. XII). En la víspera de su compromiso matrimonial, Andreas se clava un cuchillo en el pecho ante la negativa de Lou. Finalmente se casan con la bendición de Gillot, pero nunca llegaron a consumar el matrimonio, a pesar de los vanos intentos de Carl. Lou incorporó el apellido de Carl a su nombre y se llamará de ahora en más: Lou Andreas-Salomé.

Un poeta y Lou se conocen en 1897. René cambió su nombre por Rainer, dado que a ella le parecía un nombre más masculino. Pasará a la posteridad como Rainer Maria Rilke. Una vez más, Lou juega con los nombres propios. Él, quince años menor y muy enamorado, cambia su letra para que se parezca a la de ella. Lou, Carl y Rainer emprenden un viaje a Rusia. Rilke, convencido por Lou, aprende el idioma antes de comenzar la travesía. Conocen a Tolstoi. Esta aventura queda registrada en un diario de Lou. Ella y su amante emprenden un segundo viaje, esta vez los dos solos. No fue un viaje soñado como el anterior y ella lo abandona.

Escribe una carta que encabeza como *Última llamada*, en la que termina su relación con Rilke argumentando: "Tuve que seguir creciendo hasta encontrar mi juventud; pues hasta ahora no había sido joven, hasta ahora no he podido ser lo que otras personas son a los dieciocho años: yo misma, enteramente" (Giroud, p. 120). Ella no tolera cumplir con la sugerencia del neurólogo vienés Zemek (o Friedrich Pineless), hombre que se convertirá en un capítulo aparte en la vida de Andreas-Salomé: "Seguir aguantando para que Rilke se cure". Luego del casamiento de Rainer con Clara, vuelven a escribirse. Él le hace una petición: "Quiere poder escribirle, confiarle todas las variaciones de sus estados de ánimo, que pasan por todos los matices de la angustia. Quiere poder confiarle todo" (Giroud, p. 64). Mantuvieron una relación de amistad todos esos años. Tras mucho sufrimiento por causa de su enfermedad, Rilke muere en 1926 a los 51 años.

Zemek y Andreas-Salomé mantuvieron prácticamente una relación de matrimonio en Viena. Ella quedó embarazada de un niño que nunca nacería, no se sabe si por aborto espontáneo o provocado. Este episodio constituye uno de los enigmas que Lou y Freud dejan abierto. Algunos sostienen que a esto se refiere Freud en su nota necrológica sobre Lou Salomé con "el más conmovedor episodio de su destino femenino". Musachi (1991) se pregunta si se trata de su relación amorosa con Reé en Viena. Esta intriga conduce a lo que Lou le recordaba a Freud: que el goce femenino sigue allí, imperturbable (Prólogo de Dessal y Koop a *El narcisismo como doble dirección*). Tal vez por ello Freud afirma, en 1937, que ella constituía "una nueva confirmación de las doctrinas analíticas" (Freud, tomo XXIII, p. 299).

"Muy estimado señor profesor"

Con esta frase encabeza Lou su primera carta a Freud. Se acerca al psicoanálisis por medio del psiquiatra sueco Paul Bjerre, con quien vivió una corta historia de amor. Se conocieron en la casa de Ellen Key en Alvastra en 1911, año en que se llevó a cabo el III Congreso Psicoanalítico Internacional en Weimar, entre el 21 y 22 de septiembre. Algunas de las presentaciones fueron: *El tema de la desnudez en la poesía y en las artes* (O. Rank), *El simbolismo* (Jung), *La homosexualidad* (Ferenczi) y la lectura por Freud de un epílogo del caso Schreber. Un año después, el 27 de septiembre, Lou escribe en una carta a Freud: "el estudio del psicoanálisis se ha adueñado de mí" (Andreas-Salomé-Freud, 1982, p. 1). Su participación en el psicoanálisis será catalogada por Freud 25 años después como un honor.

Durante su formación como analista, participó en las reuniones de los miércoles (o lo que, a partir de 1908, se llamó *Sociedad Psicoanalítica*), registró en su diario –publicado por la editorial Laertes bajo el título *Aprendiendo con Freud*–, escribió artículos e intercambió una importante

cantidad de cartas con Sigmund Freud, a quien Lou llamaba "Profesor". Así lo describe Suárez (1968): "Como psicoanalista Lou no fue nunca una discípula dócil y fanática, sino un espíritu crítico que asimiló los descubrimientos psicoanalíticos y los enriqueció con sus propias intuiciones (particularmente penetrantes en lo relativo al narcisismo y a la psicología femenina" (p. XIV).

Asistió a las reuniones de los miércoles desde el 30 de octubre de 1912 hasta el 2 de abril de 1913. En la mayoría de las oportunidades fue la única mujer presente, lo que desde un principio la ubicó en un lugar de excepción y le permitió asistir a las veladas de los jueves, es decir, al grupo de Adler.

Nos hemos visto obligados a suprimir toda relación entre los disidentes adlerianos y nuestro grupo, y rogamos también a nuestros visitantes médicos que escojan entre aquellos y nosotros (...). Nada está más lejos de mi pensamiento que hacer extensiva a usted, estimada señora, semejante restricción. (Freud-Andreas-Salomé, 1968, pp. 2-3)

El desenlace de esto fue que Lou descubre que Adler, en complicidad con Stekel, planeaba un complot: apoderarse del *Zentralblatt*, la revista psicoanalítica. Freud, que no logró que el editor despidiera a Stekel, lanzó rápidamente una nueva revista oficial de la IPA: *Internationale Zeitschrift für Ärztliche Psychoanalyse*.

Durante esta etapa, Lou vivirá un romance que dura hasta 1913 con el apuesto Viktor Tausk, un psicoanalista dieciocho años menor. Tausk se quita la vida en 1919 y son varias las voces de la historia que atribuyen parte de la culpa a Lou por no haber respondido a sus cartas.

Son varios los textos que escribió Lou en relación con el psicoanálisis, entre ellos *Anal y sexual*, publicado en *Imago IV* en 1916. Este es el texto que Freud elogia y cita en varias oportunidades: en una nota en *Tres ensayos para una teoría sexual*, en *Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal*, y en la 32ª Conferencia *Angustia y vida pulsional*. Frente a la pregunta de si Lou fue o no una psicoanalista, Dessal y Koop, en su prólogo a las obras psicoanalíticas de Lou Andreas-Salomé, responden que, para afirmarlo con certeza, "habrá que investigar y hallar qué hay de cierto en la obra de Salomé" (Dessal y Koop, 1982, p. 10).

Entre Freud y Lou hubo varios encuentros y desencuentros teóricos, por ejemplo, en lo que respecta al narcisismo o al sentimiento oceánico, que evidenciaron un abismo entre la mirada sumamente optimista de Lou y el pesimismo de Freud (a quien Lou llamaba cómicamente "Freuden"). El profesor escribió a Abraham en una carta: "Su optimismo posee unas raíces demasiado profundas para poder socavarlo" (Giroud, 2004, pp. 88-89). Entonces, cómo responder a la pregunta de Lou: "¿Por qué estamos supeditados tan totalmente a la necesidad de escribirnos?" (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 189). En la última carta, antes del fallecimiento de Lou Andreas-Salomé, Sigmund Freud le escribe: "Únicamente, pues, lo que experimento en todas sus cartas: que sé demasiado poco de usted" (Freud-Andreas Salomé, 1968, p. 281).

Un detalle en las cartas: cuando Lou le envía a Sigmund su texto "Mi agradecimiento a Freud", este le sugiere cambiar el título "Mi agradecimiento al psicoanálisis". Lou, como dice Freud, "con su agudeza habitual", no acepta sustituir el nombre propio por la palabra psicoanálisis:

puesto que el trabajo mismo no es en realidad más que esta sola palabra: ha sido vivido con el pensamiento en la persona que así se llama; en cuanto a lo que hubiera sido como simple saber objetivo, sin esta vivencia humana ni me lo puedo imaginar. (Después de todo soy mujer). (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 262)

Con la lucidez que la caracteriza, lee que la historia de Freud es la historia del psicoanálisis: "esta historia es la historia de quien la escribe" (Musachi, 2014).

Cartas Freud/Andreas-Salomé

La correspondencia entre Freud y Lou Andreas-Salomé inicia en 1912 y se mantiene hasta la muerte de la psicoanalista en 1937. Lou fue siempre para él una excepción: "Es la única mujer, fuera del círculo familiar, que participó en una secuencia de cartas que perduró durante tantos años" (Appignanesi y Forrester, 1996, p. 288).

La relación de Lou y Freud no solo incluye cartas, sino que también circulan entre ellos algunos objetos. Junto con las cartas se envían textos, libros y artículos. Freud escribe a Lou:

Las conferencias grandes no se las envié, porque no son más que una reimpresión inalterada de aquello que usted ya posee en tres partes. Pero bastará una palabra de usted indicando que desea también esta edición en un volumen para que el ejemplar le sea inmediatamente enviado. (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 119)

Otros objetos comienzan a circular entre ellos: Freud, en un generoso gesto de amistad, le envía dinero a Lou; ella, una vez más, le da las gracias a su estimado profesor. Graciela Musachi (1991), en su artículo sobre las cartas de Freud y Andreas-Salomé, interpreta el dar las gracias como otorgar aquello que falta. Lou aclara a Freud que, además de la felicidad del agradecimiento, no siente vergüenza por el presente. En otra de sus cartas lo culpa por: "semejante despilfarro", puesto que utilizó los cincuenta dólares que le envió Freud por medio de Eitington para arreglar su vieja piel con la cual podrá "pavonearse" nuevamente. "Le doy a usted de todo corazón las gracias por haberme orillado a esta tentación, porque la mujer inmoral que soy se complace siempre al máximo de sus pecados" (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 187). Freud no solo le envía dinero, sino que también la exhorta a subir los honorarios a sus pacientes.

Las fotos circulan también entre ellos, al principio y al final de su correspondencia. En una de las últimas cartas, Lou le envía su retrato en un sobre, y le dice que es "mal recuerdo"; Freud, en cambio, se abstiene de enviarle la suya. Lou recibe un importante presente: uno de los anillos de oro que el Profesor obsequiaba a su círculo más íntimo. Como símbolo de otra muestra de lealtad, Freud le confía a Lou su hija predilecta, Anna, para que inicie su análisis con ella.

En la carta que Freud escribe dos días después de su sexagésimo cumpleaños, agradece a Lou por sus bellas palabras. Le agradece por regalarle aquello que ella no tiene y que expresa abiertamente en varias de sus cartas: "Y ahora quisiera decir todavía muchas cosas, pero no sé cómo hacerlo" (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 214); "Por desgracia es tan difícil verter esas cosas en palabras (a lo menos para mí, que lucho siempre con la expresión)" (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 241); "Por el momento se trata únicamente de este "no poder contenerlo" que por desgracia no se puede exteriorizar fácilmente con palabras" (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 279).

La hipótesis que puede hacerse sobre las misivas de Freud a Lou Andreas-Salomé es que ella formó parte de su proceso de escritura. Esa podría ser una de las razones por las cuales Freud le obsequia parte del dinero que recibe cuando gana el premio Goethe el 28 de agosto de 1930. Ese dinero fue otro de los tantos presentes que circularon entre ellos. En una carta, le dice que considera que este gesto le permite "deshacer una parte de la injusticia que se cometió en la concesión del Premio" (Freud-Andreas-Salomé, 1968, p. 254), porque de alguna manera también le pertenecía a ella.

Referencias

- Appignanesi, Lisa y Forrester, John. (1996). *Las mujeres de Freud*. Planeta.
- Andreas-Salomé, Lou. (1982). *El narcisismo como doble dirección. Obras psicoanalíticas* (G. Dessal y G. L. Koop, Eds.). Tusquets.
- Bouvet, Nora. (2006). *La escritura epistolar*. Eudeba.
- Freud, Sigmund y Andreas-Salomé, Lou. (1968). *Correspondencia*. Siglo XXI.
- Gay, Peter. (1995). *Freud: una vida de nuestro tiempo*. Paidós.
- Giroud, Françoise. (2004). *Lou: Historia de una mujer libre*. Paidós.
- Lacan, J. (1961). *Seminario 9. La identificación. (Versión Crítica). Clase 6: 20 de diciembre de 1961* (R. Rodríguez Ponte, Trad.). <https://www.lacanerafreudiana.com.ar/2.1.3.6%20CLASE-06%20%20S9.pdf>
- Lacan, Jacques. (2005). *Escritos I*. Siglo XXI.
- Masotta, Oscar. (1999). *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*. Corregidor.
- Miller, Jacques-Alain. (2006). *Los signos del goce*. Paidós.
- Musachi, Graciela. (1991). *Nombres del psicoanálisis*. Anáfora.
- Musachi, Graciela. (2014). El acto en cuestión, su objeto. *Virtualia*, (29). <https://www.revistavirtualia.com/articulos/146/psicoanalisis-y-literatura/el-acto-en-cuestion-su-objeto>
- Oviedo, Antonio. (2013). Kafka, la ficción de las cartas. *Escrita* (Comp. César Mazza), pp. 264-279. Euvim. (Trabajo original publicado en 1982).
- Piglia, Ricardo. (2014). *El último lector*. Debolsillo.
- Poe, Edgar Allan. (2014). La carta robada. En *Cuentos Completos*. Edhasa.
- Saer, Juan José. (2014). *El concepto de ficción*. Seix Barral.
- Suárez, Armando. (1968). Prólogo. En S. Freud y L. Andreas-Salomé, *Correspondencia* (pp. IX-XIV). Siglo XXI.